

Homilía de monseñor Juan José Asenjo, Arzobispo de Sevilla, a propósito del 4º aniversario de canonización de San Juan Pablo II.

Queridos hermanos y hermanas, comienzo mi homilía saludando fraternalmente a vuestro párroco, D. Adrián, al padre Raúl, superior de la comunidad de Legionarios de Cristo, saludos al diácono y a los acólitos y a todos vosotros que participáis con gozo y con fervor en esta eucaristía correspondiente al Domingo V de Pascua.

A todos les manifiesto mi alegría de poder compartir con vosotros esta tarde, la mesa del pan y de la Palabra de Dios. La eucaristía es el lugar propio de la Iglesia y su quehacer principalísimo por todo el orbe de la tierra y es también el quehacer principal de cada comunidad y de cada cristiano.

Acabamos de escuchar las lecturas correspondientes al Domingo V de Pascua, sobrepasando ya el Ecuador de este hermosísimo tiempo litúrgico en el que la Iglesia y cada uno de nosotros nos gozamos y alegramos con la Resurrección del Señor. Hecho que da sentido a toda la vida del Señor. Sin la Resurrección, todo queda reducido a la nada. Sin la Resurrección, Jesús quedaría reducido a un genio del espíritu, tal vez a un plan aventurero, tal vez a un loco iluminado.

Y nosotros ¿qué sería de nosotros los cristianos si el Señor no hubiera resucitado? ¿Para qué serviría nuestra Iglesia, para qué serviría la oración, los sacramentos, la eucaristía, la piedad popular, nuestras hermandades y cofradías, nuestras estaciones de penitencia, el esfuerzo moral, el remar contra corriente si el Señor hubiera sido devorado definitivamente por la muerte?

No exagera San Pablo cuando nos dice que si Jesucristo no resucitó, vana es nuestra fe, vana sería nuestra esperanza y los más desgraciados de los hombres, porque creeríamos en vano, esperaríamos en vano, daríamos culto al vacío, nuestra esperanza sería un fraude, el mayor fraude cometido jamás.

Las lecturas de esta cincuentena pascual nos han hablado - sin embargo- de la realidad de la historicidad de la Resurrección del Señor, como las mujeres que llegan al sepulcro para embalsamar el cadáver de Jesús en la mañana de Pascua, también nosotros hemos escuchado este anuncio magnífico ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado, id a decir a los discípulos que vayan a Galilea, allí le verán.

Nosotros hemos visto también al igual que Pedro y Juan el sepulcro vacío, como Tomás, hemos podido meter los dedos en las llagas de los pies y de las manos y, sobretodo, en las llagas del costado. Lo hemos visto como lo vieron los dos discípulos de Emaús mientras les explicaba las escrituras.

Jesús, queridos hermanos y hermanas ¡Resucitó verdaderamente! Sí, su Padre lo resucitó, no podía permitir que Su Hijo amantísimo quedara prisionero de la muerte. Él le devolvió el Espíritu que Jesús le entregara en el calvario, poniendo sobre Él su sello, diciéndonos también a nosotros como en el Jordán y en el Tabor, ¡Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto, escuchadle!

La Resurrección del Señor es un hecho que pertenece a la historia. En los años finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el protestantismo liberal afirmó que la Resurrección de Jesús era un mero hecho simbólico, que Jesús no resucitó verdaderamente, que la resurrección era nada más el triunfo, el recuerdo de la persona y del mensaje del maestro en la mente y en el corazón de los discípulos.

Nosotros sabemos muy bien que eso no es verdad, Jesús resucitó ¡está vivo! Subió al cielo donde está sentado a la derecha de Su Padre, vivo y glorioso, intercediendo por nosotros, Jesús glorioso y vivo junto al Padre, quiere tener una relación de amistad y de intimidad con cada uno de nosotros.

Este domingo, a través del Evangelio que acabamos de escuchar, nos invita a fortalecer esa comunión, esa amistad y esa intimidad, a poner a Jesús en el lugar que le corresponde en nuestro corazón y en nuestra vida, a conocerle, a seguirle, a tratarle, a imitarle en su estilo de vida, en su amor al padre hasta el heroísmo, en sus virtudes, en su limpieza y fuerza de costumbres, en su amor al trabajo, en su amor a la verdad, en su amor a los hermanos, incluso a los enemigos, a sobretodo a los hermanos más pobres y necesitados, ellos van quedando en las veredas, en las cunetas de la vida social.

Dios quiera que este domingo, todos nos sintamos invitados a fortalecer nuestra amistad, nuestra intimidad con el maestro, que Él sea todo para nosotros.

Un seguidor, un compañero de San Bernardo a comienzos del siglo XIII escribiendo sobre la Resurrección del Señor, nos dice que si Jesús está vivo, nada nos falta, si Jesús está en la vida, yo lo estoy también, Él es mi vida y mi razón de ser. Si Jesús me falta, lo pierdo todo.

Queridos hermanos y hermanas, es algo parecido a lo que escribió Santa Teresa: "Quien a Dios tiene, nada le falta, solo Dios basta". La amistad con Jesús, la relación íntima, cordial y cálida con Él siempre es fuente de paz, fuente de alegría, fuente de esperanza.

Si cogéis en nuestras manos los evangelios, comprobaréis que aquellas personas que tuvieron la suerte de entrar en contacto con Jesús a lo largo de su vida histórica, la vida de esas personas queda marcada, queda convertida, queda transformada, adquiere un nuevo sentido, adquiere una insospechada plenitud.

Es el caso de Saqueo que recibe al Señor en su casa muy contento en Jericó, es el caso de la samaritana que después de haber conocido a Jesús, corre presurosa para anunciar a sus paisanos de Samaría que ha conocido al Mesías. Es el caso de Mateo, después de su conversión, el caso de los pastores que corren presurosos después de haber conocido a Jesús para anunciarlo a sus paisanos, es el caso de todos los que a lo largo de los veinte siglos del cristianismo han tenido la dicha de encontrarse con el Señor, algo que les ha cambiado la vida.

Queridos hermanos y hermanas, yo he venido esta tarde a celebrar la eucaristía a vuestra parroquia por el 4º Aniversario de la Canonización de nuestro titular y nuestro patrono, el papa, San Juan Pablo II. Un ser ungido por el Señor, un enamorado del Señor. Yo tuve la suerte en mi servicio en la Conferencia Episcopal como secretario general durante cinco años, de concelebrar varias veces, al menos una vez al año, con el papa Juan Pablo II. Yo lo vi rezar y tuve la persuasión, la convicción de que estaba viendo rezar a un santo, abstraído de todo lo demás, centrado solo en el Señor.

En la lectura del evangelio que acabamos de proclamar se nos ha dicho que solo con el Señor, en comunión con Él, injertados en la fuente de la savia, que es el sarmiento, podemos dar frutos en nuestra vida cristiana, sin el Señor todo será agitación estéril, y los mejores proyectos de fraternidad y servicio, los mejores proyectos de evangelización y de apostolado terminarán agostándose por falta de raíces, pero sólo los amigos de Jesús, los santos, los amigos de Dios han llegado hasta el final.

En esta tarde yo pido al Espíritu Santo, pido al Señor y pido a la Santísima Virgen y a vuestro San Juan Pablo II que seáis una comunidad parroquial viva, dinámica, comprometida con su parroquia en los distintos ministerios, la catequesis, la pastoral de enfermos, la pastoral social, la caritas parroquial, una comunidad unida y fraterna, conscientes de que la comunión no es un adorno en nuestra vida cristiana, en nuestra vida comunitaria, sino que es algo que pertenece a la esencia misma de la parroquia.

Pido también al Señor que seáis una comunidad orante y fervorosa. La oración es lo que nos ahorma como cristianos, lo que nos constituye como cristianos, lo que nos hace crecer como cristianos.

El papa Juan Pablo II nos dejó dicho a los sacerdotes que somos lo que rezamos y eso mismo se puede decir de vosotros los laicos, sois lo que rezáis. Hasta tal punto que San Agustín pudo escribir que un cristiano que no reza es un cristiano superficial, tibio, un cristiano meramente aparente, no es un cristiano real. Que seáis una comunidad orante y fervorosa, que seáis también una comunidad apostólica, como las primeras comunidades cristianas os gloriéis de anunciar a un Cristo vivo, con la palabra explícita, sin miedo ni vergüenza ni complejos.

Si las casi doscientas personas que estamos aquí nos tomamos en serio nuestro compromiso apostólico seríais una fuerza formidable para evangelizar nuestro barrio, para evangelizar nuestra parroquia. Que no os de miedo ni vergüenza hablar de Jesús a los demás.

A vuestros hijos, los padres jóvenes, hoy son legión los padres jóvenes que han dimitido, que han abdicado en su obligación principalísima de ser los primeros catequistas, los primeros evangelizadores, los primeros transmisores de la fe a sus hijos.

Dios quiera que los padres que me escuchan sean capaces de transmitir la fe, conscientes de que es la mejor herencia que puede dejar a sus hijos, que habléis de Jesús sin vergüenza y sin complejos. Últimamente alguien me contó que en un instituto andaluz, que no es precisamente en la provincia de Sevilla, un profesor joven, profesor de filosofía, profesor ateo convencido, además ateo militante, no perdía la ocasión en sus clases de filosofía, de inocular el ateísmo a sus alumnos, me decían que lo hacía con mucho atractivo, con mucho entusiasmo, con mucho desparpajo, si este señor que vende una mercancía caducada, una mercancía averiada, lo hace con tanto entusiasmo, cuánto debe ser nuestro entusiasmo a la hora de compartir con los demás nuestro mejor tesoro que es Jesucristo, fuente de esperanza que nunca defrauda. Pero además de anunciar a Jesucristo con la palabra explícita, sin miedos y sin complejos, lo debemos a anunciar con el testimonio atractivo, luminoso y elocuente de nuestra propia vida.

Dios quiera que esta comunidad parroquial al mismo tiempo que va construyendo su templo vaya construyendo la vida comunitaria que responda a este ideal tan vehemente que he tratado de esbozar. Una comunidad viva, una comunidad orante, una comunidad unida, una comunidad apostólica.

Que así sea.

Domingo 29-04-2018